

# LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVI

MADRID, 18 DE JUNIO DE 1922

NÚM. 19.774

LA EMBAJADA  
DE PEDRO MÁRTIR

## LEGATIO BABYLONICA

«Legatio Babylonica» tituló Fray Pedro Mártir la relación de su viaje al Sudán.

La historia que voy a contaros, y que entre las páginas de la Historia hallé, tiene la magnificencia cándida del viaje de los Magos de Oriente guiados por la estrella, o de la reina que cruzó el desierto sobre tapices de púrpura para admirar la sabiduría de un rey; pompa a veces pueril, a veces más grande y magnífica que cuanto pudieran soñar los hombres; pompa de cuento de niños, que, servidos por los genios, alzan alcázares en una noche y encuentran huertos en que los frutos son zafiros, diamantes, perlas, topacios y rubíes.

Es la narración de una Embajada, inútil como la mayoría de las Embajadas; una Embajada en que un religioso adusto y grave, hecho a la severa corte de Castilla, partiéndose en nombre de una reina, para hacerla reverenciar allá en luengas tierras de herejes y moros.

No hay que olvidar que es un pobrecito del Señor, que gustaba de la mortificación, pero también de recrearse en la evocación de la gloria y riqueza de la corte seráfica de Nuestra Señora la Virgen María.

Ante los ojos deslumbrados del fraile van a desfilar las costas berberiscas y asirias; Canaán, Alejandría y Egipto, los pueblos exóticos y fabulosos. Su viaje será unas veces como una página de la Santa Biblia; otras, como una de esas absurdas y encantadoras narraciones de los navegantes del siglo XV, que, cuando la inmensidad del mar les asustaba, inventaban un abismo negro o un ejército de monstruos marinos para retroceder; y tenían tal poder de sugestión, que contagiaban a la tripulación de sus visiones.

Si Pedro Mártir fué un pobrecito, también fué un retórico, con vanidad pueril y ampulosidad dogmática, habló en gran político. Los resultados de su Embajada habían sido óptimos. Reparar y reedificar los Santos Lugares, disminución de la tasa para las mercancías castellanas, alzar un altar en las palmeras a cuya sombra María se detuvo a descansar en la huida a Egipto, y lograr la abstención del sultán en las luchas de Sus Majestades Católicas con los moros...

Para poder comprender la extraordinaria Embajada del fraile, hay que tener presente la grandeza inocente y serena, humilde y orgullosa de la corte castellana. Hay que pensar en la fe entera, ciega, absoluta, sin análisis ni sutilezas, de la reina. Fe en Dios, pero también en sí y en su derecho. Todo lo que era humildad y acatamiento ante

el Señor y las criaturas del Señor, era enérgica posesión de sí misma frente a la grandeza de sus reinos. Imaginémonos la corte donde la reina hilaba su rueca en lo alto de la torre del Castillo de la Mata, apuntaba en un papelito los carros que entraban en su villa de

terreno para sí, todo para la mayor gloria de Dios y para el bien de su país. Eran frailes sabios, ásperos, virtuosos, sobrios, castos, sufridos, con almas de niño y resolución de guerreros, que disertaban ante un arbitrario mapamundi, daban curiosas teorías sobre el firma-

das; de clarividencias sociológicas y errores inocentes.

La reina, más sincera, con más fe, pensaba en Dios, en su salvación y en la de sus súbditos. Quería la posesión de las Indias para extender nuestra sacrosanta religión; cuando había que ser cruel, lloraba y rezaba... pero firmaba con mano firme. El rey, un poco escéptico, muy moderno, muy acomodaticio, pensaba más en los bienes terrenos, en los Estados, las flotas y el oro. Seducíanle a la inversa mence; los frailes estadistas, férreos e implacables como la mano del Señor Dios de Israel; embajadores fatuos, candorosos y asombradizos.

Por eso a su vuelta, tras los extraordinarios consejos que desde Italia se permitió dar a los reyes en su vana pedantería de chico aprovechado, el historiador fué recibido por don Fernando de Aragón con ese frío desdén que le caracterizaba. Buena, la reina, tal vez levemente compasiva en el fondo, aunque se lo prohibía a sí misma, recibióle con el afecto condescendiente, con esa rudeza cariñosa que empleaba con los rústicos, los simples, los villanos y los embajadores, cuando eran suyos, de sus reinos de Castilla y le salían honrados y fieles. Era algo como la brusca palmada protectora.

Tal que en los cuentos, para que todo sea igual, el sultán visitó al fraile historiador con riquísimo atavío recamado de oro, y fastuoso cortejo de oficiales y soldados le acompañó a su morada.

Pero veamos cómo fué.

Era el caso que, con las persecuciones de moriscos, sus emigraciones, quejas y lamentos, notábase cierta efervescencia en el mundo musulmán.

Entre los anuncios alarmantes, los Reyes Católicos, temerosos de los riesgos que pudiesen correr los cristianos de Siria, decidieron el envío de una Embajada al sultán.

Ya por entonces hubieranse hallado hombres eminentes que representasen a los reyes; pero no olvidemos que Fernando inhibíase con harta frecuencia de los asuntos de Castilla, y la reina gustaba para el gobierno de sus reinos de los monjes sabios y piadosos, de los religiosos que, bajo la pompa de los mundanos honores, gustaban de guardar el áspero sayal.

Tal vez tenía más fe en los que servían a Dios, primero, y a los señores de la tierra, después. Ellos sabían corresponder a su confianza reverenciándola.

Partióse, pues, el religioso para aquel viaje, que en tales tiempos era empresa fabulosa, y detúvose en Venecia.

DE LA EXPOSICIÓN DE LA SOCIEDAD DE AMIGOS DEL ARTE



EL DULCE SUEÑO.—DIBUJO ORIGINAL DE PEDRO PASCUAL MOLES

Medina del Campó y hablaba con doña Beatriz de Bobadilla de sus preocupaciones de ama de casa mientras planeaba la conquista de Granada o las empresas de América; donde un fraile cardenal guardaba, en contraste con los livianos príncipes-cardenales del Renacimiento, su sayal bajo la púrpura, seguía ayunando todo el año, durmiendo sobre duras tablas y respetando los votos de pobreza y castidad, no queriendo nada

mento a que Dios llamó cielo, refutaban errores teológicos y empuñaban la Cruz... y algunas veces la lanza o la espada. Sólo un Jiménez de Cisneros, con su absoluto renunciamento de las cosas terrenales, tenía el derecho de extirpar moriscos y quemar herejes. Así, toda la historia de estos reinados es una mezcla de raras adivinaciones políticas y puerilidades; de sutiles agudezas en el arte de gobernar y supersticiones bur-

sus reinos de los monjes sabios y piadosos, de los religiosos que, bajo la pompa de los mundanos honores, gustaban de guardar el áspero sayal.

Tal vez tenía más fe en los que servían a Dios, primero, y a los señores de la tierra, después. Ellos sabían corresponder a su confianza reverenciándola.

Partióse, pues, el religioso para aquel viaje, que en tales tiempos era empresa fabulosa, y detúvose en Venecia.

Hay que pensar lo que sería el poder de Castilla por aquel entonces para que un religioso viejo y en modesta presentación hiciera oír por el Consejo veneciano, deslumbrador de magnificencia, orgulloso de su poder, poseedor de los secretos *sésamos* que abrían las puertas misteriosas del Oriente encantado.

Pedro Mártir, en la ciudad adriática, se sintió poeta, y cantó el verde maleficio de los canales, la magnificencia insuperable de los Dux, la grandeza del naval poderío de la República.

Luego, en las doradas galeras de Venecia, siguió las rutas del Mar Negro, bordeó las costas berberiscas y sirias,

estuvo a punto de perecer y, al fin, arribó a Alejandría.

Entonces, el cándido milagro de credulidad en su Dios y sus reyes le dieron una victoria, cándida también, para que todo fuese cosa de conseja.

El sultán, poco propicio a acogerle, hizo saber que la modestia de su presentación y la ausencia de escolta mirábalos como cosa ofensiva. Pero el fraile español tuvo una respuesta magnífica, digna de un romance: «Estaba engalanado con toda la magnificencia de sus reyes, y cuantos españoles estuviesen en Alejandría constituirían su escolta».

Y ahora vamos a entrar en la vieja no

vela de aventuras. Escoltado de mame-lucos embarcó en el Nilo, y al desembarcó hallóse con que le parlaban castellano. *Tangriberdi*, un aventurero valenciano, antiguo marinero a quien una tormenta arrojara allí, habíase convertido en gran personaje (no tuvo Godoy, en tiempos bien recientes, tratos con otro aventurero, Badía, valenciano asimismo, y cuya historia seméjase también a la del buen *Tangriberdi*?)

El pueblo quiso linchar al embajador, primero; reverencióle y acatóle, después; unas veces dió pruebas de tacto y, sobre todo, de un recio y buen carácter castellano; otras, mostróse pueril, y pidió

cosas de un candor de niño bueno a quien enseñan a amar a las golondrinas diciéndole que sacaban las espinas de la frente de Nuestro Señor Jesús; dominó una rebelión y dijo una misa bajo la palmera donde descansó María.

Al fin volvióse a Castilla, último embajador que fué hacia el misterio y el ensueño. A su vuelta el rey tuvo para él la glaciada de su sonrisa; la reina, la gracia de un gesto bueno; le hizo maestro de los Caballeros en las Artes Liberales y le dió a besar su mano que hilaba el lino, casi tan blanco como ella.

Antonio de HOYOS Y VINENT

# DON JACINTO EN AMÉRICA

LEGAN ya a España cartas y revistas bonaerenses en las que se nos dice cómo nuestro dramaturgo ha sido acogido en la Argentina, y algo más interesante para los de aquende el ancho mar: cómo D. Jacinto cohonestó allá el acre recuerdo de sus últimos años peninsulares con el papel—extraoficial, pero tan hondamente representativo—que su autoridad le obliga a desempeñar en América, en el nombre de España. Ni un reproche, ni una sola alusión personal a los que tanto le han verberado y zaherido en el mismo solar que enalteció con sus talentos.

Con Benavente nos está pasando algo semejante a lo que un tiempo nos sucedió con Galdós y a lo que en Francia—no todos los defectos han de ser de exclusiva ibérica—ocurrió con Bataille, de despojos aun cálidos: que ¡somos Castilla, que hace y gasta a sus hombres, y no podemos negarlo! ¡Damos una gloria que es como un préstamo usurario, y, claro está, queremos cobrárnosla—por la difamación, por el sarcasmo o por el desdén silenciante—en vida del glorificado! Luego, cuando cada uno cree haber goadyuvado en la medida de sus fuerzas a hundirlo, presentándole inaplazablemente el pagaré de «la revisión de valores», cuando cae por los suelos el ídolo y vemos que durante algún tiempo se revuelve en el olvido y la miseria..., sentimos un remordimiento muy de usureros, al que nosotros llamamos piedad, y, ya a las puertas de la muerte, le tendemos nuestra mano—manchada, además, con unas monedas de cobre—para rehabilitarle.

Don Jacinto Benavente, que fué uno de los escritores españoles ante quien más rendidamente se inclinaron las palmas victoriosas, ha saboreado más que ningún otro—si es que no las desdeñó intímidamente—las amarguras de una fortuna adversa. Y esto, aunque él con orgullosa honestidad no quiera que transparezca en sus palabras, sale a flor de labio cuando el periodista encargado de interrogarle es un hombre sagaz, un espíritu ágil y velívolo, como el de Oría, redactor de *Mundo Argentino*; a quien principalmente quiero glosar en estas líneas.

El periodista intenta en vano, durante algunos días, abordar al recién llegado para interrogarle a su placer; el grande hombre, pequeño, modesto y sonriente siempre, saluda al periodista en el café, en el teatro, antes y después del estreno o de la conferencia, en el salón donde se han reunido damas, artistas y políticos, o en su hotel, entre el acoso continuo de organizadores de festivales, fotógrafos, mandaderos y la llamadas al teléfono y las invitaciones mundanas. El periodista—cuyo culto interrogatorio, por lo enfundioso y meditado que es, exige contestaciones reposadas—espera, deja pa-

sar una y otra ocasión, y, entre tanto, va observando al hombre. Por fin, una vez le halla a solas y le inquiere. Don Jacinto se somete amablemente. Es entonces cuando sabemos algunas cosas que no había dicho él aquí, acaso porque no habían sabido preguntárselas. Para no fatigarnos, reflejamos a nuestro modo las respuestas de Benavente a su interlocutor, obviando las preguntas de éste por sobreentendidas.

—«Vilanos» y «Cartas de mujeres» los escribí antes de los veinte años.

—Mis autores dilectos son Shakespeare, Molière, Musset. Por eso he traducido «Cuento de amor», «Rey Lear» y «Don Juan», y he imitado en un diálogo entre el Poeta y la Musa, al poeta de las «Noches».

—Sí; D. José Echegaray era amigo de mi padre y cuando iba a casa yo solía espiarle lleno de admiración. De él aprendí de memoria obras enteras. Hay escenas que las recuerdo perfectamente todavía.

—No; sólo tropecé con dificultades para estrenar «Gente conocida», y eso por la ídole del asunto. Todas mis otras obras las escribí ya comprometidas con las Empresas que las estrenaron.

—He viajado, pero no tanto como se dice; mi juventud no ha sido andariega, ni, por otra parte, lo considero indispensable para representar la vida en el teatro. Cuando se estrenó «La Escuela de las Princesas», el rey Don Alfonso se sorprendió de que yo conociera tan bien la vida cortesana; le parecía imposible que yo no la hubiese frecuentado algún tiempo. Y es que, como dicen nuestros labriegos castellanos, «quien ve una casa, ve un reino».

—No; el teatro no es sino una de mis vocaciones. He escrito muchos artículos y versos y cuentos. He prometido hacer una novela. De joven fui actor, y creo que hubiera valido más como tal que como dramaturgo. Inicié estudios de ingeniería y de Derecho; pero sólo porque no podía seguir los de Medicina. Mi padre, a pesar de lamentar siempre los inconvenientes de su profesión, veía complacido que mi hermano Avelino fuese médico; pero le parecía demasiado que lo fuese yo también. De todos modos, esa era la carrera que yo prefería y la que con mayor aprovechamiento hubiese concluido.

—Unas obras las escribo arrancando de un personaje; otras, partiendo de una idea, como en «La noche del sábado». Ejemplo del primer caso, «La Inmaculada de los Dolores», obra inspirada por la situación que una noble familia de provincia crea al novio de la hija muerta: no dejaban a sol ni a sombra al pobrecito, ni le permitían llevarse a la boca un pedazo de pan que antes no hubiese mojado con sus lágrimas. No tuve más que cambiar el sexo a mi protagonista y resultó «La Inmaculada».

—Lo primero que debe ser un autor es poeta, y para lograr éxitos verdaderos debe... no pensar en el éxito y sí en ser sincero consigo mismo. De mí sé decir que mis dos éxitos más grandes han sido mis dos mayores sorpresas. «Los intereses creados» fué escrita para el público de Lara, gente culta y gente acomodada; ni Thuillier ni yo creímos que la obra pudiera interesar más que como una vistosa farsa, durante algunos días, y resultó una de mis comedias más frecuentemente representadas. Pensé en «La malquerida» como en un papel para María Guerrero, aunque ni el ambiente ni el lenguaje me parecían del gusto peculiar del público de la Princesa. Y también me equivoqué.

—¿Hecha abstracción de mí, dice usted? Los contemporáneos cuya labor escénica prefiero son los hermanos Quintero.

(Aquí, un periodista, uno de los diversos entrevistadores que le han visitado en Buenos Aires, le preguntó con intención sutilísima: —Entonces, ¿no cree usted que Arniches...? Según Pérez de Ayala... Y el viajero le interrumpió modesto: —Siento no compartir con Pérez de Ayala más que una opinión: la de que yo nada significo en la escena española.)

—No; ya no prefiero, como prefería hace años, «La noche del sábado», aunque sigue siendo una de las obras mías que más quiero. Desarrolla una idea que me parece exacta: la de que tenemos dos vidas: la que vivimos y la que soñamos. Pero si hoy tuviese que escribirla, lo haría con mayor sobriedad, mejor acabada. Actualmente, de todas mis obras, la que más me satisface es «Señora ama», en que trato de un tipo de mujer muy humano y muy femenino, que yo mismo conocí en un pueblo castellano.

—Sí; pienso dejar de escribir para el

teatro. Tengo en preparación una obra para que la estrene aquí, en Buenos Aires, la compañía que dirijo; y otra que será representada en inglés por Nancy O'Neil, la actriz que ha representado más de trescientas noches en Nueva York «La malquerida». Luego pienso abandonar el teatro.

(El periodista vuelve a preguntar: ¿Puede saberse por qué? Lejos de que se le pueda suponer a usted agotado, sus producciones recientes—«Una señora», «La honra de los hombres» y «Una mujer»—demuestran, no solamente una vitalidad intelectual admirable, sino también una capacidad de renovación y un dominio escénico que excluye toda posibilidad de agotamiento.) Y D. Jacinto contesta:

—Quizá; pero es que uno se cansa de lidiar con Empresas y cómicos... Además, cuando uno ha rendido ya su esfuerzo, ¿para qué ir a chinchorrear a los empresarios sobre si le representan bien o mal una comedia, pronto o tarde?... Esto no es decir que, si me sedujese un asunto de comedia, no la escribiría. Eso no; pero la haría sin pensar absolutamente en la representación.

—No; no ha influido, creo yo, en esta decisión mía, la actitud de cierta parte de la crítica. Y no es tampoco que yo desdeñe su fiscalización; nada de eso; la leo y la atiende en lo que hay en ella de atendible. Sólo que esto no ocurre con frecuencia. Además, la crítica suele ser un arma de dos filos, que siempre hiere. Hace usted una obra que gusta; ¡claro!, es porque usted lo ha sacrificado todo al éxito, al deseo de halagar al público. Que hace usted una obra para su propia satisfacción, sin pensar en los espectadores; ¡claro! también: usted ya no interesa, el público se ha llamado a engaño... Y así por el estilo.

Signa a estas notas, en todo interrogatorio argentino, la obligada pregunta sobre el teatro de aquella República, a la que Benavente suele contestar con una independencia muy digna y muy ejemplar, allí donde casi todos nuestros «embajadores intelectuales» llegan con el himno a las grandezas gauchas aprendido de memoria. Pero esto no es de tanto interés ya para nuestros lectores.

Pensemós que Benavente, no obstante haber ido a América sin la cohesión cordial, sin el apoyo unánime de la opinión española, volverá de allá después de haber hecho—por su obra, por su personalidad, por su dignidad de escritor—más, mucho más en favor de nuestra hegemonía espiritual de lo que hicieron otros con el común asenso. Aunque sigamos encastillados, a su retorno, en la actitud, tan elegante, que expresó con dos palabras Lucrecio: *Nihil mirare*. «No nos admiremos de nada».

Juan G. OLMEDILLA

Advertimos a los señores que nos honran con su colaboración espontánea, que «en ningún caso» nos es posible devolver los originales no solicitados ni mantener correspondencia acerca de ellos.

# EL OCTAVO SALÓN DE HUMORISTAS

PARECERÁ un lugar común que salgamos en defensa del octavo *Salón de Humoristas*, ya que apenas tiene contradictores en la crítica madrileña esta labor realizada por nuestro querido compañero José Francés. Parecerá, repetimos, un lugar común; elemental deber de conciencia nos obliga a romper una lanza en favor de tan simpática institución, toda vez que quedan por ahí algunos espíritus indóciles a la razón, los cuales sentencian de plano—¡hay que ver con qué dogmatismo sentencian!—para negar el mérito de empresas en que ellos jamás se aventuraron. De día en día nos molesta más el tono impertinente y despectivo de los que así proceden. En sus artículos no suelen faltar, antes bien abundan, las diatribas contra la crítica y contra los críticos, confundiendo las especies y a las personas; pero, bien entendido, en beneficio de egolatrias pedantescas. La obra de arte a su alcance, resulta en varios casos, más que motivo de comentarios, pretexto o desaguadero de agitada pasión. Mas si tales actitudes sirvieran de ejemplar estímulo y contribuyeran a mejorar las condiciones del ambiente en que los artistas se desenvuelven, cabría disculparlas, en gracia de una virtud docente y purificadora. Lo demás, créasenos, es una manera de pasar el rato, poniendo el paño de púlpito para ofrecérsenos, acaso como novedades flamantes, las cosas que hemos leído en libros o en revistas.

Sin necesidad de halagar la vanidad de los artistas ni de restar eficacia al juicio ajeno, existen formas para decir aun lo más desagradable con corrección y comedimiento. No porque sea vulgar hemos de omitir aquí tal opinión.

Y se nos preguntará: ¿A santo de qué vienen esas consideraciones? Vienen, replicamos, a señalar la sistemática hostilidad o el torpe desdén con que tropieza quien trata de hacer algo que rebasa el nivel de lo corriente y a c o s t u m b r a d o . José Francés no nos dejará mentir. Organizador del *Salón de Humoristas*, que cuenta ahora el octavo año, ha sido objeto, hasta poco ha, de más censuras que alabanzas, no obstante el excelente propósito que le guiaba. Nosotros mismos hubimos de poner reparos, desde luego, más que al iniciador, a sus colaboradores. José Francés, sin desmayar, convencido de que su causa era justa, ha acabado por ganarnos, y, a la postre, sabe que nuestra adhesión no peca de tímida ni de restringida.

En estos tiempos de egoísmos, de capillitas y de desprecio hacia aquello que no pertenece a la mesnada o al grupo, maravilla el esfuerzo que representa concertar voluntades a los fines de cultura en el orden estético. Creándose muchas enemistades, ha rechazado Francés más de trescientos trabajos, sin ex-

ceptuar los de sus amigos, que podían desmerecer en el conjunto de los expuestos. Los que no figuramos afectos a ninguna tertulia o cotarro, nos hallamos con plena libertad para declarar lo que sinceramente pensamos, por lo que no nos duele subscribir las siguientes palabras tomadas del prólogo al catálogo del *Salón actual*: «Los *Salones de Humoristas* son un triunfo indudable, rotundo, definitivo e incorporado a la vida general española — la artística solamente sería una mezcquina victoria—como ninguna otra clase de Exposiciones». Verdad, sí, con la natural excepción de las que la Sociedad Española de Amigos del Arte organiza con acierto y gusto no superados. Con todo, José Francés está en su derecho ufánándose de que no es vana ni exigua la parte en que con los *Salones de Humoristas* se acrece la producción contemporánea. Miremos atrás, y nos convenceremos del número y calidad de dibujantes e ilustradores lanza-

ciente y estimularlo para que no se maldogre, es condición de hombres generosos. Nadie, pues, de honrado sentir regateará a José Francés la generosidad, junta con un laudable afán de descubrir méritos destacados de la masa anónima. Pocos, en tal respecto, le aventajarán. En cambio, los que le discuten para rebajarle y no le imitan, allá se las arreglen con sus plumas de gacetilleros, errando las orientaciones, complicando el idioma en detrimento de la recta doctrina y del limpio estilo y, por cuquería o por debilidad mental, no arriesgándose a la claridad: que en esto de la llamada crítica artística hay profesionales involuntarios por temperamento o por desgaste en el oficio; son a modo de enredadas ma-

dejas; el hilo del discurso, cuanto más se busca en sus artículos menos se encuentra, por estar perdido en el fárrago de las frases entremezcladas e incoherentes.



— «SILVIO LAGO», POR «SIRIO» —



ASPECTO DE LA EXPOSICIÓN DE HUMORISTAS, QUE SE CELEBRA EN EL PALACIO DE LA BIBLIOTECA

dos al público por José Francés; firmas indiscutibles hoy no han tenido otro medio de revelación ni más apoyo en sus comienzos que el prestado por tan ilustre escritor. Advertir un valor na-

tante mejor que los anteriores. Más rigurosa la selección, de un lado, o más afortunados los expositores, constituye una legítima afirmación del ideal, año tras año perseguido. A los que hemos

visitado alguno de los Salones donde el humorismo parisino muestra las obras de sus cultivadores en la rue de la Boétie, nos alegra la marcha de los que en la villa y corte de Madrid patrocina José Francés. Por segunda vez, instalado en unos locales del Museo de Arte Moderno, atrae la atención de las gentes, que acuden a solazarse con el ingenio de los caricaturistas o a recrearse con las páginas de los ilustradores y decoradores, o simplemente con la pintura seria; la designación de *humoristas* es, por cómoda, inexacta, si bien se refiere al núcleo principal de los envíos. El catálogo registra 266 números de diversa índole. Entre las cosas interesantes, citaremos algunas españolas, de autores anónimos: el enano de la venta, personaje de 1840; un enano sentado, de 1820; un vasco y un maragato, dos tipos regionales de encantadora ingenuidad con que algún truhista de la última hornada se disfrazaría de genio; un romántico muñeco de barro, de hacia 1830, y el *viaje*, otro muñeco ejecutado en cartón y piel.

El arte popular mejicano nos sorprende con una serie de obras: tres dibujos, con plumas adheridas, que llevan por títulos el *mercado*, la *fuerza* y *charrros*; seis muñecos de tela, el *aguador*, un *charro*, el *vendedor de pájaros*, el *vendedor ambulante*, el *vendedor de loros* y la *cacharrera*. Admirando tan delicioso conjunto, hubimos de comunicar a José Francés el deseo de que en el próximo *Salón de Humoristas* se den cabida a *monos* de antiguos nacimientos; la imaginería nacional y la portuguesa (recordemos las figurillas de barro cocido, originales de Antonio Ferreira, que guarda el Museo de Lisboa) produjeron ver-

daderas maravillas en pequeño a la sombra de los modelos italianos, o como felices aclimataciones de genuina expresión. El capítulo que va del siglo XVIII hasta bien entrado el XIX, nos suministraría no pocos ejemplares dentro del campo humorístico. Una prudente concesión al pasado no compromete en nada lo más reciente. Lo pretérito, de entraña popular o plebeya, abona el casticismo y brinda a los artistas curiosas sugerencias, no tan peligrosas cual las que se recibirían de cualquier pieza erudita.

Las estampas y alegorías viejas habrían de merecer también acogimiento, ya por los asuntos profanos y aun sagrados, ya por lo divertido de sus anécdotas; siempre en una sección independiente y en concepto de documentación gráfica e histórica. Nos consta que José Francés participa de nuestro criterio, y no hemos, por tanto, de insistir en este punto.

Bartolozzi, Sirio, Zas, Ka-Hilo, Augusto Fernández, López Rubio, Tito, Alfredo Truán, Zamora, Bujados, Solana, Pinaz, Martínez y la señorita Durán son los nombres más salientes del certamen.

Angel VEGUE Y GOLDONI

# El Reloj

ESTABA muy enfermo ya; no podía moverse de la gran butaca, donde sus hijas le habían formado una suerte de lecho acumulando un rimero de blandas almohadas, y allí permanecía el anciano, quieto, inmóvil, como hundido en un surco de nieve. Las vecinas de la casa iban a verle, y se estaban allí, calladas, llenas de unción, al lado de las hijas, cual si estuvieran en la iglesia delante de una imagen sagrada y dolorida, mirando al enfermo, que a su vez las contemplaba con ojos indiferentes, como a las moscas nuevas que danzan en el sol de abril.

Estaba como aletargado, y casi no oía ni veía. Sólo conmovía su alma moribunda la lenta vibración del reloj de pared, de cuya urna de cristal parecían salir aquellos enjambres de moscas bailadoras, graves y acompasadas. Deleitábase el enfermo oyendo aquella música sencilla y monótona, como si fuese la melodía de un laúd; y cada vez que el timbre del reloj anunciaba la hora, estremeciase como si su propio corazón cantase aquella fuga mortal del tiempo.

—¡Está pendiente del reloj!—decían las hijas a las vecinas—. Es lo único que le distrae.

Y era verdad. Hubiérase dicho que el enfermo comprendía todo el valor de aquella máquina que medía el tiempo, y que en su humilde caja de madera y cristal era más suntuosa que una joya. Parecía como si hubiese una relación misteriosa entre el hombre y el reloj y como si mutuamente se diesen y se quitasen la vida. La única distracción del enfermo cifrábase ya en dar cuerda al reloj; no entendían de aquello las hijas, y él era el encargado de operar aquella transfusión de vida en la máquina. Las hijas descolgaban la pesada caja, y, teniéndola sujeta en sus brazos como una criatura, presentábensela al padre, cuyos dedos se animaban de una maravillosa energía para comunicar nuevo movimiento al inerte resorte. Su cara expresaba entonces una alegría misteriosa, cual si con aquel gesto tan sencillo hubiese reanudado la marcha del mundo y asegurádose la inmortalidad fuera de su caduco cuerpo.

Luego, el enfermo volvía a sumirse en su acostumbrado sopor. Su letargo era a veces tan profundo, que las hijas se le acercaban, asustadas, y popjense a escuchar el ritmo de su hálito, auscultándole como si fuese otro reloj. Mas siempre encontraban al enfermo atento, no obstante su aparente sueño, a las vibraciones del reloj de pared, cuya gran esfera de cristal brillaba en el muro como el místico sol de una custodia.



Era allí en verdad el gran reloj como una custodia, como un símbolo de inmortalidad, como algo pavoroso y entrañable cual el mismo Sacramento, puesto que al par que daba el tiempo a los mortales, recibíalo de sus manos. Y era, además, la única cosa de valor que había en la casa pobre, despojada de toda joya y de todo mueble suntuoso.

—¿Qué quería usted, padre?—exclamó de pronto la hija mayor, alarmada por un gesto del anciano, ese gesto inefable con el que los enfermos dan a entender que se sienten morir.

Y llegóse al viejo y arrodillóse a sus pies, como para recibir su bendición. El anciano abrió mucho los ojos, y, mirándola de un modo misterioso, le dijo:

—Me muero.

Luego, con semblante lleno de angustia y con una dolorosa expresión de indignancia, fué posando la mirada en los humildes muebles del aposento, como si buscase algo precioso que legar a sus hijas. De pronto, tendió las manos en dirección al reloj, como si quisiera recoger el reflejo de sol que llenaba de claridad el muro.

—¡El reloj!—murmuró—. ¡El reloj! ¡Ya no tiene cuerda!

Efectivamente; el péndulo dorado, que como un puñal cortaba el hilo del tiempo, habíase detenido y brillaba, quieto, en la diafanidad de la urna.

—¡El reloj!—volvió a clamar el moribundo.

La hija mayor llamó entonces a la hermana, y entre las dos, conteniendo su llanto, descolgaron, como otras veces, la pesada caja, y, puestas de rodillas, presentáronsele entre sus brazos al moribundo, como si fuera su primer nieto.

Con mano trémula, el anciano buscó el corazón de la máquina y dotóla de movimiento a expensas de su vida. Las hijas callaban, como si comprendiesen toda la misteriosa solemnidad del instante. Cuando el anciano volvió a oír la sencilla y monótona música de aquel pavoroso laúd, sonrió de un modo inefable, como transido de misterioso júbilo. Se moría. El generoso esfuerzo le había costado la vida, y ni siquiera tenía ya ánimos para bendecir a las hijas, arrodilladas.

Pero sus ojos sonreían, como si su alma tuviese la conciencia de haberles legado una dote incomparable: el tiempo y su inmortalidad, encerrados en aquella urna.

R. CANSINOS-ASSENS

# LA TAZA DE CHINA



Al día siguiente, Pitusa, desesperada, declaró que no volvería a probar bocado hasta encontrar a su idolatrado *Arroz con Leche*; y el rey, que amaba a su hija por lo menos tanto como ésta amaba a su gato, envió a tres heraldos a caballo con encargo de proclamar a son de trompa por toda la capital que Su Majestad entregaría regia recompensa a quien facilitase la pista de *Arroz con Leche*.

A la mañana siguiente, un mozalbete se presentó en palacio.

—Alteza—dijo a la princesa, que le escuchaba anhelante—: yo sé dónde está vuestro gato; le he visto entrar por la ventana en casa de la bruja Garabato; esa vieja es una mala mujer, y...

—¡Voy, corro, vuelvo por él!—exclamó impetuosamente la princesita.

La bruja vivía en medio del bosque, en una casucha tan vieja y horrible como ella.

—El gato está aquí, efectivamente—declaró Garabato—; le tengo prisionero, porque ha entrado por la ventana para beberse la leche de mi desayuno.

—¡Yo le daré a usted toda la leche que quiera, e incluso una vaca!

—Espera, hija mía, que eso es lo de menos: lo grave es que al beber, tu gato ha tirado la taza y la ha roto.

—¿Esa taza tan fea y tan ordinaria, pintada con tantos colorines? Yo le regalaré a usted un servicio entero de plata y hasta de oro si me devuelve mi *Arroz con Leche*.

—No quiero nada de oro ni de plata; lo único que quiero es una taza idéntica a ésta, que tan fea te parece; y si no la tengo aquí dentro de tres días, tu gato está perdido.

Pitusa cogió los siete pedazos de la taza rota, corrió a palacio y llamó al presidente del Consejo de ministros.

—Necesito—le dijo—una taza igual a ésta que ves rota. Como no me la traigas esta noche, mi padre te destituirá.

El pobre señor se apresuró a poner en campaña siete funcionarios, que llevaban cada uno un pedazo de la taza rota, con encargo de encontrar otra igual. Pero, ¡ay!, en todos los bazares, en todas las cacharrerías, en todas las tiendas de porcelanas les fué contestado lo mismo: Aquella era una materia extraña y desconocida, y en todo el reino era imposible que se encontrase una porcelana semejante.

Cuando la princesa se enteró del triste resultado de las pesquisas, estuvo a punto de morir anegada en sus propias lágrimas. En aquel momento terrible fueron a anunciarle que una embajada de un país lejano y poderoso deseaba ofrecerle sus respetos y unos cuantos regalos de parte de su señor.

No estaba la pobre Pitusa para cumplidos ni ceremonias; sin embargo, ella conocía las obligaciones del oficio de princesa y sabía obedecer a la razón de Estado. Se puso, pues, su manto de corte, de brocado, y su corona de perlas, y pasó a la sala de audiencias.

La embajada se componía de unos homrecitos muy raros, muy amarillos, con unos ojitos oblicuos, un pelo muy reluciente, unas trenzas muy largas y unos trajes de raso, con dragones fantásticos bordados en oro.

Se inclinaron ante la princesa, y le presentaron regalos, muchos regalos preciosos: fároles de papel rizado, cajas de laca, puñales incrustados de piedras preciosas, pebeteros de marfil, sombrillas de seda...

Y de pronto, Pitusa lanzó un grito de alegría: entre aquellas maravillas había un jarrón de porcelana, y ¡los dibujos que lo decoraban eran idénticos a los de la taza de la bruja Garabato!

—¿Qué es eso?—preguntó, jadeante de emoción.

—Eso es porcelana de China, de mi país—contestó, sonriente, el jefe de los embajadores.

—¡Quiero una taza de China!—exclamó Pitusa.

—Una taza, no. Vuestra Alteza tendrá una vajilla entera. Voy a mandar ahora mismo a algunos de mis criados, y dentro de un año estará aquí el encargo de Vuestra Alteza.

—¡Un año!—exclamó Pitusa, aterrada—. Yo necesitaba la taza mañana; si no mi *Arroz con Leche* está perdido.

El hombre amarillo la miraba sin comprender muy bien; pero al ver las lágrimas brotar de los ojos de cielo de la princesa, se puso serio.

—Quizá—dijo—me fuese posible fabricar yo mismo la taza que deseáis, Alteza; pero necesito tres cosas: caolina, un buen alfarero y un horno muy fuerte.

—¡Caolina! ¡Un buen alfarero! ¡Un horno muy fuerte!

En el acto, tres heraldos recorrieron la ciudad pidiendo estas tres cosas.

A la mañana siguiente, Pitusa, que esperaba los acontecimientos, llena de impaciencia, en la terraza del palacio, vió de pronto que una innumerable cantidad de insectos negros cubrían los peldaños de la ancha escalera de mármol blanco, avanzando en buen orden hacia ella. A la cabeza iba un señorito vestido de raso negro.

—Princesa—dijo—: soy el príncipe Hormiga. Mis súbditos, que te están sumamente agradecidos porque los dejas vivir en tu reino en paz y sin pagar impuestos, conocen todas las clases de tierra, puesto que en ella viven, y te traen la caolina que deseas.

Entonces, cada hormiga fué desfilando y depositando a los pies de Pitusa un granito blanco que llevaba entre sus pa-

titas. Cuando desfiló la última, había ante la princesa un montoncito, del que se apoderó el embajador amarillo.

—Con esto tengo para hacer la pasta—dijo—; necesito ahora un buen alfarero que le dé la forma.

—Ahora vendrá—dijo el principito Hormiga. Es el duque Ardilla, mi buen amigo.

El duque no tardó en llegar, vestido con amplia capa de raso color de fuego, forrada de piel. Ya el embajador había fabricado una pasta flexible y suave. El duque Ardilla la cogió y, con singular habilidad, le dió la forma perfecta de la taza de la bruja.

—¿Y el horno ardiendo?—preguntó el embajador.

—Ahora lo traerá en seguida mi vecina, la marquesa Salamandra—contestó el duquesito.

—Entretanto, decoraré la taza—dijo el hombre de la trenza—. Dadme, princesa, tres de vuestros cabellos de oro, un hilo de seda y un palito.

Con estos elementos, el embajador fabricó un finísimo pincel; luego, sacó de su bolsillo unos tarritos de pintura, se caló unas enormes antiparras redondas y se puso al trabajo. Cuando llegó la Salamandra con su horno, la taza ya estaba decorada con los mismos dibujos y colores que la taza rota.

Apenas estuvo cocida, Pitusa se apoderó de ella con tal impaciencia, que poco faltó para que la hiciese añicos también, y, triunfalmente, se la llevó a la bruja.

La horrible Garabato quedó asombrada.

—Está bien—dijo—. La taza es igual; pero ya han transcurrido los tres días, y tu gato ha muerto. Sin embargo, como mi palabra es sagrada, te lo devuelvo; aquí lo tienes.

Y, con una risa cruel, arrojó a los pies de la princesa, aterrada, el cadáver del infeliz *Arroz con Leche*.

Pitusa creyó morir de pena, y pasó ocho días llorando y ocho noches suspirando y sin poder pegar los ojos. Al fin tuvo una idea, que la serenó algo.

—Ya que no le puedo tener vivo—pensó—, le guardaré muerto toda mi vida.

Mandó llamar al gran embalsamador del reino, y le dió orden de embalsamar el cuerpo de *Arroz con Leche*.

Y he aquí que en el momento en que



aquel personaje clavó su estileto en la piel del gato, esta piel, blanca y suave, se abrió sola, y de ella surgió un hermoso príncipe, que se arrojó a los pies de la niña, estupefacta.

—Princesa—dijo—: la mala bruja Garabato, ofendida un día por no sé qué broma inocente, me transformó en gato, diciendo: «Gato serás y gato permanecerás hasta que haya quien te arranque el pellejo por cariño». Ese día ha llegado, y tu amor me ha librado de mi encantamiento cruel. Soy hijo de rey, y desde el día en que tu piedad me recogió en el parque de tu palacio, estoy enamorado de ti. ¿Quieres ser mi esposa? Se casaron y reinaron largos años, y

la reina Pitusa fué muy feliz queriendo a su marido, mucho más todavía que cuando era gato blanco y se llamaba *Arroz con Leche*.

Agradecida al embajador amarillo por sus atenciones, firmó una alianza con el emperador de la China, y para recompensar al príncipe Hormiga, al duque Ardilla y a la marquesa Salamandra por los favores que le habían prestado, regaló todos los años, al primero, un carro de miguitas de pan; al segundo, seis kilos de azúcar y de nueces, y a la tercera, diez sacos de carbón.

**EL GATO CON BOTAS**

Dibujos de BARTOLOZZI.

composiciones correctas, fáciles. La mejor, para mi gusto, es *El Armario*, con una dulce musicalidad eneasilaba y un perfume de evocaciones juveniles surgido del olvidado mueble familiar. Otras son versos de ocasión, tocados del madrigalismo casero de nuestro siglo XVIII, propicio al retruécano o a las últimas formas del conceptismo (véase *Maravillas de amor*, o *A una apacible niña llamada Paz*). Otras, las inferiores, pertenecen a la modalidad que aquí se tiene por patriótica, tan distinta de aquella poesía que los italianos llamaron *civil* y que cantaba la libertad ciudadana, verdadera confluencia espiritual entre

el áspero subjetivismo lírico del poeta y la protesta contra los tiranos, que es una forma lírica colectiva. La poesía de acomodo a las formas oficiales de la cosa pública, a las ritualidades o liturgias patrióticas, que son siempre plebeyas, me parece exactamente contraria a la esencia misma de la poesía, la cual es inseparable de un profundo sentido de rebelión y disconformidad.

Pero debo señalar, como aciertos en este libro, además del que ya anoté, los sonetos *A una dama desconocida*, *En la estancia sombría*, *El facistol*.

Gabriel ALOMAR

**LIBROS DE POETAS**

Eugenio de Castro

Quiero iniciar mis impresiones de hoy con un comentario al primer volumen de las traducciones de Eugenio de Castro, que comprende los *Oaristos* y las *Horas*. Débese la versión, casi toda en prosa, a Juan G. Olmedilla. Pocos libros habrá que muestren con mayor claridad la filiación parnasiana del simbolismo. En la trayectoria de la poesía, a contar desde el romanticismo, podemos descubrir una reversión, una evolución inversa. Los románticos, al reaccionar contra las últimas manifestaciones neoclásicas, restauraron el sentido clásico original, el helenismo. Esto produjo una tendencia contraria a la misma naturaleza profundamente subjetiva de los románticos, porque devolvió su plena objetividad a la belleza. Este objetivismo caracterizó a los parnasianos como rama nueva en el árbol romántico. En cuanto ese sentido estético se acentuó, el afanoso cincelar de la forma degeneró en preciosismo, como el arte helénico había degenerado también al ponerse en contacto con la profusión oriental, hasta llegar a las formas híbridas de Alejandría o de Bizancio. Y ¿qué elemento aportó el arte de Oriente a la pureza helénica? El símbolo, manifestación propia de su sentido religioso. Tal fué paralelamente, la evolución del parnasismo en simbolismo, en los últimos días del siglo XIX. Recuérdese la eclosión genial de Verlaine, salido del cenáculo parnasiano. Juan Moréas representa un caso más expresivo, todavía, porque su naturaleza griega le comunica mayor autoridad para ese injerto de asiaticismo en las literaturas occidentales.

Este libro de juventud del alto poeta portugués Eugenio de Castro está lleno de revelaciones que confirman aquella paradójica genealogía poética. Al releerlo ahora, cuando ya ha caído sobre sus páginas cierta patina de códices, nos es más fácil ir siguiendo la parábola evolutiva de las escuelas poéticas que nos han formado. A través de las imágenes y de las cadencias, distinguimos la germinación lejana de nuestro gusto, indagamos la forja de nuestro espíritu. Ese yacimiento poético no ha sido sepultado por los que se formaron tras él, porque nos queda su esencia de inmortalidad y de perenne magisterio humano. Pero la contemplación de su belleza tiene ya cierto saborcillo arcaico, que tal vez sea un nuevo valor estético añadido a su virtualidad. Todavía es una vibración viviente; pero ya es también un monumento...

Esa primaria manera de Eugenio de Castro encarna la más extrema irradiación de aquella doble influencia parnasiana y simbolista, porque nos la pre-

senta en un alma céltica, en un poeta cuya estirpe tiene una bien diversa tradición. Y la herencia lusitana es acaso lo que menos resalta en ese libro de juventud, lleno todavía de los ecos parisienses y de las emulaciones hacia los maestros admirados. Por eso la balada de *Doña Briolanda* se destaca del libro, con cierto dejo de *saudade*, como un episodio superviviente de antiguas tablas de trovero.

Otro interés tiene para nosotros esa traducción. Ahí está uno de los manantiales de la primera inspiración de Rubén Darío, la que señala su tránsito desde el parnasismo de *Divagación* al simbolismo de *El Reino interior*. Y en Rubén Darío fué más extrema todavía esta doble irradiación greco-oriental, porque se ejerció sobre un alma de indio. Ahí radica, precisamente, la mayor fuerza del poeta americano y el secreto de su fascinación.

**«Linterna»**

Han quedado todavía sobre mi mesa algunos volúmenes de versos por comentar. El primero que se ofrece a mi mano es el de Ángel Espinosa, *Linterna*. Su especialidad es el tino descriptivo, más propiamente que sugestivo. Esta es su cualidad y acaso también su defecto, porque en poesía la plenitud descriptiva quita al lector las indefinidas lontananzas de la sugestión, que le dan las ilusiones de una callada colaboración con el poeta, o una adivinación de las ocultas trascendencias.

Ángel Espinosa tiene el sentido de la fusión entre su ritmo y su asunto. El movimiento melódico del verso y la estrofa se acomoda a la ley interior de los temas cantados. He señalado los aguafuertes *La Casa de dormir*, *Interior*, *El Corro de viejucas*, *El Leproso ciego*, *El Arbol maldito*, *Burros de carga*, *Viento sur*, *Poemas de la lluvia*, *El muelle del carbón*. Se trata, pues, de un poeta esencialmente pictórico, pero que sabe comunicar a sus versos la trepidación rítmica de la realidad poetizada, como una vena batiente bajo la contemplación natural. Muchas veces surgen en su estrofa las imágenes felices: así «la mariposa del silencio», en el final de la poesía *Serenidad*. Alguna otra vez, afortunadamente más rara, salta una estridencia de sus cuerdas. No me gusta, por ejemplo, que el sol sea «cirujano», para cauterizar las llagas de los Picos de Europa...

**«Libro de Versos»**

He aquí un libro de versos montañeses, titulado así: *Libro de Versos*, de D. Ramón de Solano y Polanco, académico correspondiente. Sin ofensa ninguna, su mayor defecto es el academicismo. Son

**EL HOMBRE CUMBRE**

A FORTUNADAMENTE, no seremos jamás eminentes y nos evitaremos que nos pidan retratos, que nos dediquen homenajes y que todos los momentos de nuestra vida sean investigados, medidos, pesados y publicados, como si a la Humanidad la interesase de una manera decidida que tengamos predilección por Mozart o que nos apasionemos por los huevos fritos con guisantes.

Mientras el ciudadano se desenvuelve en el plano de la vulgaridad, puede considerarse como el hombre más feliz del mundo, aunque le alcancen los proyectos tributarios del ministro de Hacienda.

—En la escalera suelo encontrarme a un tipo bajito, con una corbata encarnada; ¿quién es?

—No sé; debe de ser un vecino del tercero.

El bajito de la colorada corbata es feliz, porque sale, entra y estornuda cuando le viene en gana; porque su insignificante personalidad no tiene nada para llamar la atención. Es... «uno».

Pero pongan ustedes a ese uno en plano de notoriedad, y le tienen ustedes más fastidiado y aburrido que un apuntador de teatro.

—¿No saben ustedes? En mi casa vive el ilustre Cadorniga.

—¿Qué suerte! ¿Le trata usted?

—Todavía no; pero voy a buscar un pretexto para que nos hagamos amigos.

Efectivamente; el vecino que califica de «tipo» al hombre desconocido de la corbata roja, se pone al acecho detrás del ventanillo para hacerse el encontrado con Cadorniga cuando bajé la escalera.

—Buenos días.

—Muy buenos.

—¿Ha visto usted qué tiempo?

El hombre ilustre no ha visto nada, porque sale de su casa, que está muy bien caldeada en invierno o fresquita en verano; pero no tiene más remedio que demostrar que, aunque cumbre, tiene educación; y responde con un «Ya, ya», que el otro agarra como si fuese el principio de una amistad íntima y estrecha, como las camisetas nuevas.

Mucha felicidad debe de proporcionar el ser célebre, ilustre e insigne; pero es indudable que las molestias han de ser más que las satisfacciones. Una de aquellas, que continuamente sale al paso, es la de verse juzgado físicamente por los desconocidos admiradores. Nuestra humildísima personalidad se ha hallado bastantes veces en ese caso.

—¿De modo que usted es el que escribe? No me lo figuraba yo así. ¿Por qué es usted gordo?

—¿Caramba! ¡Porque dentro de mis escasos medios, procuro comer bien!

—Pues, usted perdona, pero su tipo es de lo más aburguesado que darse puede. Yo, en su pellejo, haría gimnasia.

¿Cuántas veces los hombres-cumbres se verán importunados por semejantes tonterías, y cuántas también tendrán que soportar la presencia de un espontáneo admirador que se cuele en su presencia para interrogarles sobre cosas que maldito lo que les importan!

—Vamos a ver, ilustre doctor: a usted, que es un hombre célebre y ha estudiado el corazón humano como si lo tuviera de pisapapeles sobre esa mesa, ¿qué le parece que haga con mi mujer?

El sabio se resigna a oír semejante majadería, y metiéndose las manos en los bolsillos, porque comprende que si las deja en libertad se le van a ir al pescuezo del importuno, adopta un aire de hombre que se interesa.

—¿Es que tiene alguna afección?

—Como tener, no tiene más que un genio de todos los demonios. He probado con ella hasta los golpes, y nada.

—¡Ah! ¿Ha habido ya hasta eso?

—Sí, señor. Aquí tiene usted la señal que me ha hecho con un lavafritas. ¿Qué me aconseja usted?

—Pues paciencia... y una vajilla nueva.

El otro abandona al sabio y baja la escalera refunfuñando y diciendo: «Y a esto lo llaman un hombre eminente! La verdad es que aquí hay reputaciones usurpadas». Mientras que «el ilustre» se queda pensando: «La verdad es que no valía la pena que yo hubiese trabajado tanto durante mi vida, para que luego me salga al paso semejante idiota».

Ser hombre-cumbre es algo pesado, molesto, si se quiere sostener eternamente la categoría conquistada. Por eso lo mejor es, cuando se llega a cierta altura, volver a bajar de ella, diciendo: Sepa la Humanidad que me he quedado imbécil del todo. ¡Conque a dejarme en paz y tranquilo!

Y así es únicamente como se puede vivir.

A. R. BONNAT

Apresúrese a leer

**LA MUERTE NUEVA**

Novela de 390 páginas, en que su ilustre autor

**A. HERNÁNDEZ CATÁ**

ha alcanzado por la fuerza de la pasión y la hondura del pensamiento la cima donde sólo llegan los pocos maestros de la novela contemporánea.

PEDIDOS A

**EDITORIAL MUNDO LATINO**

Apartado 502. — MADRID

NUESTROS CENTROS DE PRODUCCIÓN

«La España Industrial,, de Sans (Barcelona) honra la industria española

A guisa de preámbulo publicamos hoy esta plana, primera de las que en semanas sucesivas vamos a dedicar a la maravillosa manufactura «La España Industrial», fundada hace un sinnúmero de años por los prestigiosos hermanos Muntadas y Campeny, cuyo solo recuerdo trae a nuestra memoria el orgullo de raza.

Sabido, como es, que Barcelona, en cuanto a industria y comercio se refiere, no sólo figura a la cabeza de las poblaciones españolas, sino que puede establecer competencias con las más importantes de Europa, no queremos perder el tiempo presentándola

manera palmaria hasta dónde es verdad lo que se dice, y para ello nada tan elocuente como visitar sus principales fábricas y describirlas, una por una, con todo el detenimiento que merecen.

A este efecto, el reportero ha comenzado por visitar la importantísima instalación de «La España Industrial», gloria y orgullo de la industria española, fundada hace setenta y cinco años por los hermanos don Juan, D. Jaime, D. Ignacio, don Isidro y D. José Antonio Muntadas y Campeny, cinco personas distintas y una sola voluntad.

Merced a su iniciativa, existe hoy la acreditada fábrica de hilados de Sans, que por aquella época fué constituida en Sociedad anónima, bajo la denominación de «La España Industrial», título que a estas fechas es marchamo de garantía en todos los mercados nacionales y extranjeros, donde sus productos son tan conocidos como solicitados.

El éxito coronó bien pronto de laureles la iniciativa de los señores Muntadas Campeny, y fué tal el desarrollo que adquirió el negocio, que en el primer año de su fundación se vieron precisados a comenzar la construcción de la enorme y suntuosa edificación en que hoy está enclavada la parte fabril, extendiéndose, por tanto,

el negocio de la calle de la Riera, 30, donde se fraguó, al popularísimo barrio de Sans, donde las industrias se multiplican sin

reposo, como si en su incesante florecimiento tratasen de encumbrar más y más a Cataluña.

La inauguración de «La España Industrial» puso freno a las vicisitudes de millares de hogares, que vieron lucir en su interior el sol de la felicidad, obtenida a cambio de trabajo.

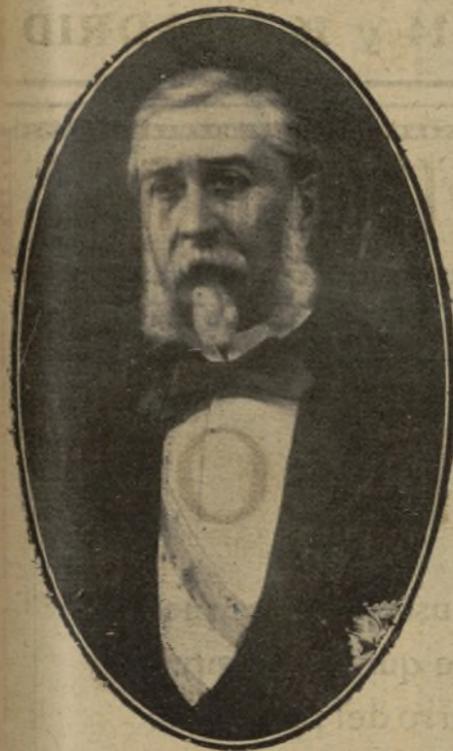
La fábrica, que, como es natural, está dotada de todos los elementos modernos conocidos hasta el día —de ello nos ocuparemos en

una de nuestras próximas planas con más detenimiento—, ocupa una extensión aproximada de terreno verdaderamente extraordinaria, como son más de 70.000 metros cuadrados, donde se desenvuelven en perfecta organización su enorme legión de obreros especializados en el ramo de hilados.

Para que nuestros lectores puedan darse una idea aproximada de la realidad de nuestras aseveraciones, recogemos hoy las fotografías que ilustran este trabajo y que reflejan bien a las claras la importancia del negocio. Al propio tiempo nos complacemos en presentar a nuestros lectores a sus excelso fundadores, los exce-

lentísimos Sres. D. José Antonio y D. Isidro Muntadas y Campeny, así como a D. Matias Muntadas y Rovira, conde de Santa Maria de Sans, actual director gerente del negocio, cuya generosidad corre parejas con su preclara inteligencia.

Y como la plana de hoy no da para más, y nos queda mucho aún por decir de «La España Industrial», prometemos en la próxima semana ocuparnos de la parte directiva del negocio, así como del funcionamiento y manera de desenvolverse, sin que esto sea óbice para que una vez más felicitemos al venerable don



El Excmo. Sr. D. Isidro Muntadas y Campeny, fundador de «La España Industrial» (Cuadro de José Cusachs.)

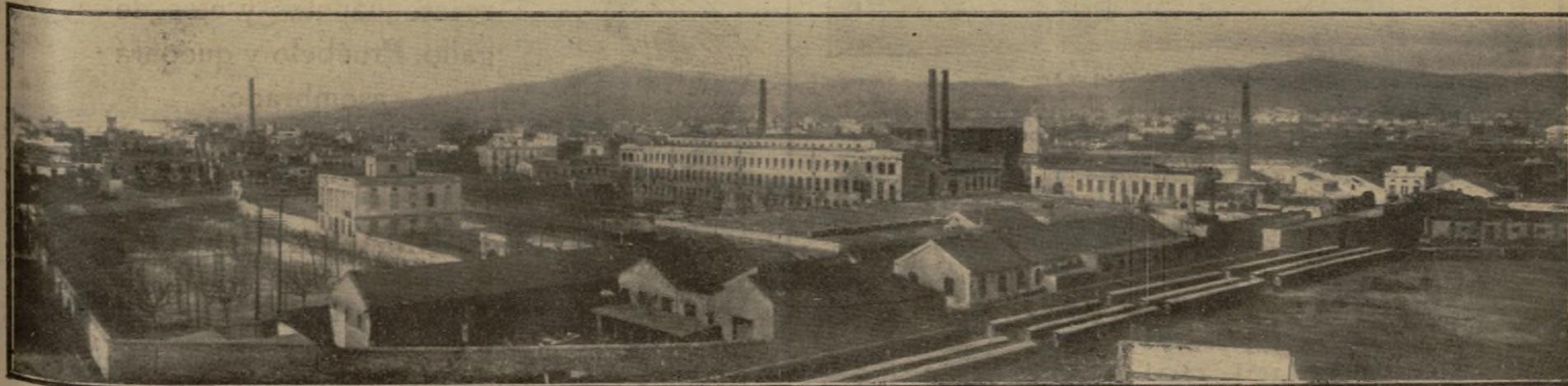


El Conde de Santa Maria de Sans, director gerente de «La España Industrial»



El Excmo. Sr. D. José Antonio Muntadas y Campeny, fundador de «La España Industrial» (Cuadro de M. Fluyxench.)

Matias Muntadas al recordar el acierto que preside todos los actos de «La España Industrial», y que, con el beneplácito de todos los señores consejeros, lleva a cabo.



VISTA GENERAL DE LA FÁBRICA «LA ESPAÑA INDUSTRIAL»

**Philips**  $\frac{1}{2}$  watt



**La preferida mundialmente**  
*Práuse en todos los Establecimientos de Electricidad*

Al por mayor:

**ADOLFO HIELSCHER, Socd. Anón. MATERIAL ELÉCTRICO**  
 MADRID: Marqués de Cubas 10. BARCELONA: Calle Mallorca, 198.

**DISCOS DOBLES "FADAS"**

Todos al precio de OCHO pesetas

Los más artísticos y mejor combinados.-Aparatos con o sin bocina.-Ventas al contado.-Ventas a plazos, con precios de contado.

DISCOS  
 de  
**Raquel Meller**  
 —  
**M. Serós**  
 —  
**G. Flores**  
 —  
**R. Leonís**  
 —  
 Bailables  
 modernos



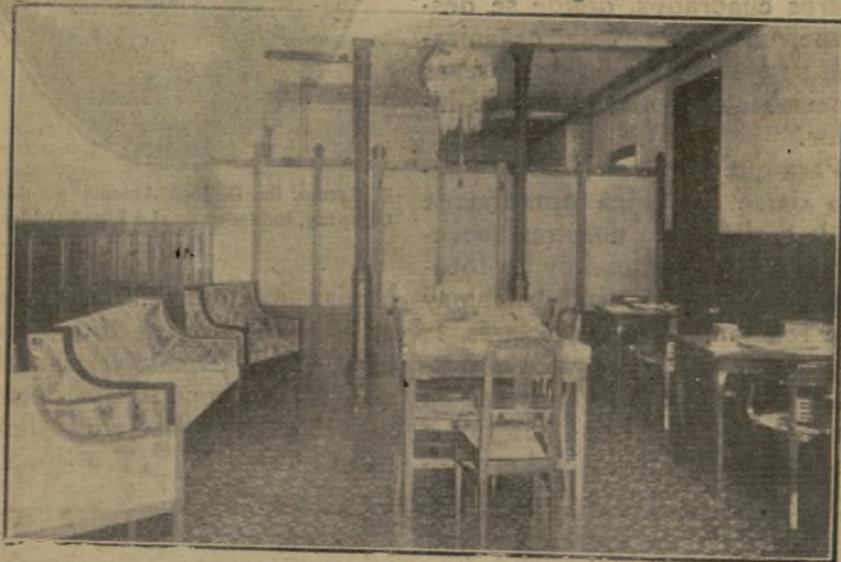
DISCOS  
 de  
**Salud Ruiz**  
 —  
**Ofelia de Aragón**  
 —  
**G. Ortas**  
 —  
 Óperas  
 —  
 Zarzuelas

Catálogos gratis y condiciones de las ventas a plazos, pidiéndolos a  
**FADAS -- Peligros, 14 y 16 -- MADRID**

**"Anís Balmaseda" MALAGÓN (Ciudad Real)**

**GRAN HOTEL PARÍS**

**OVIEDO**  
**Asturias :- España.**



Vista del escritorio del Hotel de París.

Hotel montado con todas las exigencias modernas de lujo, higiene y confort, capaz para 100 habitaciones.  
 Las grandes reformas llevadas a cabo le permiten competir con los primeros del Extranjero.  
 Dormitorios de lujo inusitado. — Brasserie en el Hotel. — Orquesta en el espléndido Hall. — Salas de baño. — Teléfonos urbanos e interurbanos — Salas de lectura. — Biblioteca. — Cocina de primer orden — Servicio completo de automóviles.

**Pensión completa desde 12.50 pesetas.**

DIRECTOR PROPIETARIO.

— D. Manuel del Valle Díaz. —

**CALLOS**

Si sufre usted de los pies es porque quiere. Compre hoy un tarro del patentado

**UNGÜENTO MÁGICO**

y en tres días se verá usted libre de callos y durezas, juanetes y ojos de gallo. Pruébalo y quedará asombrado.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.- Por correo, 2 ptas.

**FARMACIA PUERTO**

**PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID**

